



EL WESTERN DE LA COLONIA

POR FERNANDO BENÍTEZ



La apartada región de la Nueva Vizcaya fue cobrando forma y sentido desde el siglo XVI, gracias a la plata. El muy reverendo padre José Arlegui, lector jubilado, calificador del Santo Oficio, sinodal de los obispos de Valladolid y Durango, cronista de la Provincia de nuestro santo padre San Francisco de Zacatecas —cargó este último al que debe su supervivencia— dice en su precioso estilo barroco que “todos acuden al eco sonoro de la plata”, y se cuida mucho de añadir “que Dios ha dispuesto que los sitios de las minas sean áridos e infecundos con la evidente finalidad de que así se avive el comercio y la tierra labrada se pueble de nuevos moradores”.

Y así fue en efecto. Zacatecas primero, San Luis Potosí y Durango más tarde no se hubieran fundado ni prosperado casi de un modo milagroso sin el incentivo de la minería. La fiebre de oro y de la plata trastornaba la cabeza de los españoles, los hacía cruzar en largas caravanas los desiertos del norte, desafiar las flechas de los salvajes y establecer sus campamentos entre los roquedales de las distantes serranías. Sin embargo, los gambusinos-guerreros-exploradores, sus caballos y sus mulas —muy abundantes— debían comer y como no era posible que los alimentos vinieran del centro de la Nueva España en viajes de meses enteros, los menos afortunados o los mismos gambusinos debieron ocupar —casi siempre por la fuerza— los valles fértiles y establecer sus haciendas productoras de granos y de ganadería, con la ventaja adicional de que al agotarse las vetas, seguían creciendo aquellos muñones de pueblos y ciudades.

El Real de Minas es una creación típica de la colonia. “Cuarenta años después de fundada, en Zacatecas se refugiaron los piratas ingleses de Hawkins; los alemanes se entregaban a la alquimia y al beneficio de metales; los judíos a la usura y a la astrología, dos ciencias que suelen marchar juntas, los portugueses al comercio y los flamencos a la artesanía”.

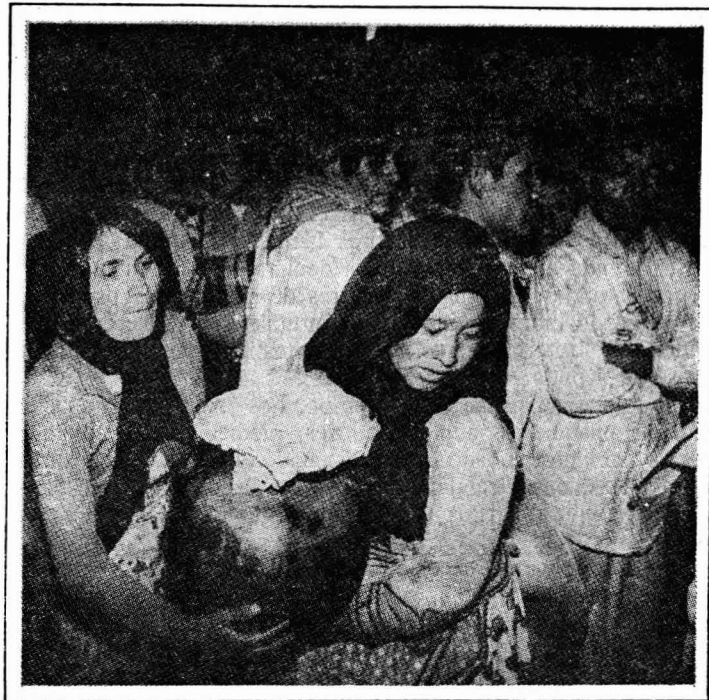
Don Cristóbal de Oñate, el minero más rico, estableció la costumbre de llamar mediante un gozoso repique de campanas a todos los vecinos encumbrados que desearan compartir sus diarios banquetes y el padre Arlegui habla en forma reverencial del Conde de la Laguna, un procer que obtenía una ganancia de 30 mil pesos mensuales.

El mismo Hawkins escribió en su Relación: “El lujo y largueza de los dueños de minas es cosa maravillosa de ver. La mujer de un minero salía a la iglesia acompañada de 100 criados y 20 dueñas y doncellas. Tienes casa abierta y todo el que quiere puede entrar a comer. Son príncipes en el trato de su casa y liberales en todo”.

Estos millonarios —los bacines de Alonso de Villaseca eran de plata— dueños de minas, de haciendas dilatadas, de indios esclavos y de capataces negros, bienhechores de los frailes, ofrecían un señalado contraste con los pícaros que pasaban el tiempo en las tabernas juntándose a las cartas su fortuna, con los soldados de los presidios y los mendigos que agitaban sus alcancías implorando una limosna.

Se vivía al azar —el creso de ayer podía convertirse en el pobretón de hoy— riñendo y bravuconeo —muchas veces la Santísima Virgen se vio obligada a interponer su sagrado cuerpo entre espadas y puñales— rodeados de una atmósfera de tesoros y milagros, de culpas o de arrepentimientos y posiblemente los reales de minas habrían logrado un auge mayor y más estable si los piratas, los extranjeros y los activos judíos no hubieran sido encarcelados, castigados y chamuscados por la Santa Inquisición.

La Nueva Vizcaya era un reino en sí mismo. Existían de-



siertos inmensos donde se perdían los viajeros, pero existían también valles que rendían fabulosas cosechas, ciudades con iglesias, monasterios y palacios, llanuras cubiertas de innumerables ganados, minas, bosques de maderas preciosas con multitud de venados, osos, jaguares, serranías casi vírgenes, ríos abundantes en peces y climas no excesivos. El que deseaba trabajar se hacía rico. Cibola no era un espejismo. Se había realizado en Zacatecas, en San Luis Potosí, en Durango, en sus nobles y generosos caballeros, en sus frailes compendios vivientes de santidad y de resignación cristiana.

Una mancha oscurecía tan luminoso paisaje: los indios. El padre Arlegui, hablando de los misioneros, dice que si a Séneca parecía una especie de muerte la vida que se gastaba entre ignorantes, “la que pasan nuestros religiosos entre la ignorancia y depravada turba de tanta barbaridad se podrá tener por la muerte más acerba”.

No vivían, morían amarga, cruel, miserablemente en medio de aquellos monstruos infames, resumen de todos los vicios y horrores imaginables, con la única esperanza de resucitar algún día en la gloria como premio a sus sacrificios y a su apostólico celo.

Toda la luz, todas las humanas excelencias se hallaban concentradas en los frailes, en los caballeros, en los prudentes y sabios funcionarios reales y todas las sombras, las perversiones, las brutalidades, los crímenes, las más bajas pasiones, se reunían diabólicamente en esa multitud de impuros y abominables seres que habitaban la Nueva Vizcaya por designio del Maligno y se llamaban “guachichiles, negritos, bocalos, janambres, borrados, guaripas, pelones, janos, zacatecos, guisoles, tobozos, conchos, tarahumares, salineros, tepihuantes, tochos, gualaguizes, julimes, cibolos, alazapas, guazancoros, tepicanos, coras, nayaritas; yurgimes, manzamos, matascucos, quepanos, coyotes, iguanas, zopilotes, blancos, amitaguas, zamoranos, zalayas, quiamis, ayas, chinarras, comocabras, summas, chiros, mezquites; y finalmente hay naciones que han cogido los nom-

Fernando Benítez, autor de abundantes ensayos y reportajes, ha escrito cuento y novela (*El Rey viejo*, *El agua envenenada*) y el extraordinario estudio *Los indios de México*. Dirige *Sábado*, suplemento cultural del diario *unomásuno*.

Este trabajo es parte del prólogo del tomo V de *Los indios de México* que publicará la Editorial ERA para celebrar el XX aniversario de su fundación. El primer libro que ERA publicó fue *La batalla de Cuba*, del mismo Benítez. Fotografía tomada del Libro *Los Indios de México*, que publicará la Editorial Era.

bres de animales, como lobos y venados y otras se llaman piedras y árboles, y otras muchas que no refiero por no llenar este capítulo de desapacibles voces”.

Tal era de entrada, el rebaño que debía apacentar con la suave luz del evangelio la seráfica orden de San Francisco propietaria de 22 monasterios sólo en la Nueva Vizcaya. El lector jubilado reservaba las mieles de su prosa a describir la vida de sus antecesores —ascetas versados en humanidades, varones ejemplares, mártires heroicos y guarda su repertorio —nada escaso de adjetivos denigrantes— y su tinta más negra para describir las costumbres de su rebaño, costumbres de tal modo indignas, obscenas y brutales que él se cree obligado a no referirlas sino en parte temiendo ofender con su grosería el pudor de los lectores.

Arlegui es un fraile de su tiempo. Los jesuitas, con su ejército de misioneros, administradores, predicadores y educadores se habían adueñado de la sociedad colonial y de las tareas evangélicas, desplazando a las grandes órdenes que permanecían inmovilizadas. Las ideas milenaristas de los franciscanos, no existían ya y se vivía del pasado, Arlegui era un lector de los clásicos, un excelente prosista, un teólogo sedentario cargado de títulos pomposos, para quien el evangelio había perdido el carácter erasmista que habían tratado de implantar, en el siglo XVI, sus remotos antecesores. Tuvo ocasión de dejarnos un cuadro muy completo de las culturas indias del norte pero carecía de la curiosidad científica de Olmos, de Sahagún, de Durán o de Torquemada y sobre todo de su sentido de la caridad cristiana, por lo que su mojigatería sólo alcanzó a legarnos unos apuntes desfigurados a causa del odio y del desprecio con que veía a los indios.

Los vasallos del diablo

Dice que los indios “apenas saben andar”, les ponen en las manos sus arcos y sus flechas, de modo que salen diestrísimos tiradores. Arlegui vio arrojar a lo alto una naranja, la cual estuvo asaeteada en el aire largo tiempo hasta caer finalmente reducida a minutísimos pedazos. Esta habilidad meramente física no aparece situada en su marco cultural. Arlegui no asienta que el arquero sigue el ejemplo de su héroe cultural, la Estrella de la Mañana, el flechador divino, no habla de la sacralización del arco ni del papel que representan las flechas en su religión y en las artes chamánicas, como aún lo representan.

La habilidad del tirador está compensada por la enemistad y la continua guerra que se hacen entre sí las diversas naciones, un hecho que lejos de apesadumbrar al piadoso Arlegui le parece “felicidad grande de los que moramos en estos países, que unos de otros sean tan adversos, que si todos se juntaran contra los españoles de América, solamente con la multitud se asolara todo”.

Enemigos sangrientos, matan a todos los que no pertenezcan a su grupo, sean indios o españoles, enredan sus tripas en las ramas de los árboles, hacen pedazos sus cuerpos, se los comen y utilizan su cráneo “para beber en él con alegría y en señal de victoria”.

Si algunas veces asaltaban las caravanas de carretas, tomaban algunas telas para vestirse con ellas, dejaban tirado el oro y la plata y saciaban “su abominable apetito” devorando mulas y caballos y desdeñando toros o vacas pues “creían que comiéndose los primeros se hacían de su ligereza, mientras los segundos les darian su pesadez y lentitud”.

El fraile relata el caso de un famoso herbolario que ha-

biendo realizado numerosas curaciones provocó en los indios la ambición de comérselo. Con un pretexto cualquiera le dieron muerte y lo destazaron “teniéndose por muy dichoso el que alcanzaba un pedazo de su cuerpo, juzgando que por este medio quedaban médicos diestrísimos”. Arlegui, posiblemente víctima de la torpeza de los profesionistas españoles, apostilla sarcástico que “si en nuestra república se usara hoy este estilo bárbaro, poco codiciadas fueran las carnes de algunos señores médicos”.

Arlegui va más allá en su descripción de ese género de canibalismo y dice que al fallecer un atleta, un gran cazador o algún hombre dotado de cierta habilidad, aunque hubiera muerto de una enfermedad contagiosa se lo comían “y el demonio que es astuto los hace que juzguen y crean que desde que comieron la carne, se hallaban diestros en la facultad en que era señalado el difundo que fue alimento horroroso de sus voraces estómagos”.

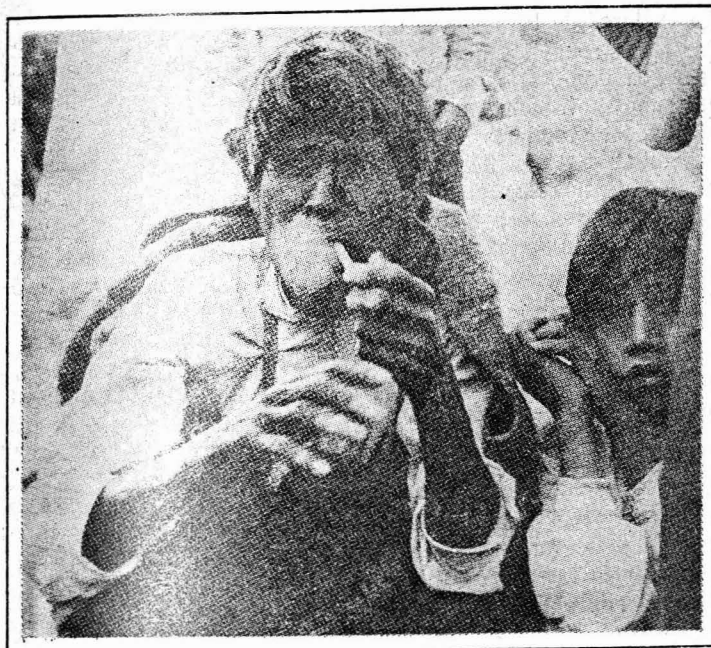
“Así como los brutos viven sin ley —escribe Arlegui al iniciar su capítulo IV— porque carecen de razón, así los bárbaros indios que moran en esta retirada provincia viven como brutos, porque son de rudísimos entendimientos, reinando solamente la tiranía sin miedo del castigo que les espera”. A los gobiernos capitales —los más valientes— les prestan alguna obediencia, pero esta leve obediencia, les es tan insoportable “que siempre que pueden les quitan alevosamente la vida”, lo cual es inadmisiblemente, como lo es el caso del curandero, pues los indios se privarían de sus jefes y de sus chamanes y no hay indicio de que tal cosa ocurriera. En épocas de pestes, se retiraban a zarzales a fin de que la enfermedad, vista como un animal, por temor a las espinas se retirara y acostumbraban aliviarse el cansancio, sangrándose las piernas con perdernales o untándose en la piel el ácido zumo de las pencas de maguey, lo que le parece ridículo. Reconoce que “en medio de sus crasos entendimientos” examinan las cualidades de muchas hierbas, si bien los tarahumaras emplean sus conocimientos botánicos para envenenar las flechas, infame hábito que la divina misericordia nulificó, haciendo que un indio converso les descubriera el contraveneno de la hierba Julimes.

En cuanto a sus relaciones sexuales, éstas no pueden ser peores. Unos se casan con una sola mujer y tienen muchas mancebas y “es común proloquio en esta provincia que en viendo un indio a caballo y la mujer a pie, es su mujer legítima y en viendo la mujer a caballo y el indio a pie, es su amiga”.

“Otros —añade Arlegui— se casan con cuantas mujeres quieren: como no las han de vestir ni sustentar, admiten cuantas les dictan sus bárbaros y obscenos apetitos”. Otros más se dirigen al padre de la muchacha y cuando no los rechazan enteramente, se instala el novio en su casa y le sirve de esclavo uno o dos años hasta que se casa o lo despiden, una costumbre que como veremos adelante todavía conservan los tepehuanes.

Unos, lo diremos con las propias palabras de Arlegui “entre quienes no hay grado prohibido de consanguinidad ni afinidad, sin ceremonia alguna, cojen para mujeres a sus madres y a sus hijas, acción abominable y fea, que sin embargo practicaban ya los ingleses según lo afirma Julio César en el libro quinto de los Comentarios del Bello Gallico” y practican hoy algunos tepehuanes.

Unos solicitan los tratos matrimoniales dejando un venado muerto frente a la casa de la mujer pretendida y si el padre



lo acepta es señal de asentamiento y si lo deja pudrir, señal de su negativa.

La sodomía no era infrecuente en la provincia, como no lo fue en la Florida. Hay matrimonios de varones indios y en Texas, hombres vestidos de mujeres acompañaban a los combatientes en sus guerras, sin llevar arcos ni flechas, dedicados a cocinarles y a compartir su lecho. Cuando los frailes preguntaban por qué razones andaban vestidos de esa manera "no se recatan en decir que son mujeres de los hombres de guerra". "Esta abominable costumbre —dice el erudito Arlegui— aunque es digna de la mayor represión en estos gentiles bárbaros, no lo fue menos en otros tiempos entre los franceses, de los cuales dice Eusebio Cessaiesie en el Lib. 6 Cap. 8 de la *Preparación del Evangelio* que los mozos de aquel reino se casaban unos con otros sin vergüenza ni empacho alguno. Otras varias costumbres y ceremonias usan los indios así para antes del contrato, como para la celebración del matrimonio, las que omito por indignas".

Al nacer el primer hijo, su padre convida a la parentela y a los amigos y en una ceremonia diabólica, después de que ayunó 24 horas, le dan peyote, lo sientan en un cuerno de venado y todos los invitados, provistos de huesos afilados y de dientes de animales, lo hieren sin piedad "teniendo por más valeroso al que ha sido más sufrido en el combate y al que ha convidado mayor número de sayones para que les despedacen las carnes; vaticinando del paciente miserable el valor que tendrá el hijo de tan sufrido padre".

Acostumbran asimismo llevar a los recién nacidos a la orilla de los ríos y de los manantiales y bañándolos en una especie de bautismo inventado por el demonio les dan el nombre del nahual que será su patrono. Cuando el nahual es oso, juran que se transforman en osos, cuando es caimán, se transforman en caimanes y como el demonio los tiene tan engañados, finge la imagen de estos animales a su vista y juzgan que se transforman en ellos con certeza: y lo cierto es que los más de ellos son grandísimos hechiceros y raro el que deja de tener pacto con el demonio".

Supersticiones y hechicerías

El padre Arlegui, a lo que sabemos, es uno de los primeros en ocuparse del mitote, la ceremonia esencial del norte. "Las danzas que tienen comunmente en sus fiestas trabajosas son iguales a sus ignorancias, porque al triste son de un tronco hueco que tocan con palillos o con alguna quijada de caballo, canta algún viejo con voz baja y desapacible, ya las hazañas de sus antepasados, ya la destreza de sus flechas y arcos, ya la caza que acostumbran, y otras cosas semejantes, mientras los otros convidados trabados de las manos en circuito, están dando sin cesar descompasados saltos, y tan porfiados en este ridículo entretenimiento, que suele durar 24 horas el baile, terminándose la fiesta con embriagueces sin medida..."

En aquella época, según parece, se hacían mitotes especiales para salir a la caza o a la guerra. Colocaban un cráneo de venado con sus astas en el centro del patio, danzaban alrededor y cantaban hasta que la calavera, impulsada por el demonio, daba un salto indicándoles el rumbo donde podían hallar los venados y los enemigos.

Una vieja —tenida como oráculo— hablaba de la pérdida libertad de la antigüedad, de la forma en que los españoles se habían apoderado de sus mejores tierras, les arrebataban a sus hijos con escopetas, los hacían vivir aterrorizados y terminaba incitándolos a la guerra. "Las referidas viejas —apun-

ta Arlegui— son el órgano por donde el demonio introduce en los indios su veneno, haciéndoles creer sus mentiras, porque no da la gente de razón tanto crédito a los hombres desengañados y virtuosos, como estos miserables indios a sus viejas depravadas, instrumentos del demonio, padre legítimo del engaño, como lo apellidó Augustino”.

Cuando una nación deseaba pactar una alianza con otra, enviaban a un embajador que clavaba su flecha a los pies del jefe extranjero —cada nación tenía una flecha especial— y en su idioma convenían el día en que debían reunirse los principales para acordar la guerra común. Llegada la fecha, juntaban la caza y en los troncos de las biznagas preparaban vino que bebían todos después de llegar al acuerdo de exterminar a los españoles o a los enemigos indios, “porque de un desatentado beber, ¿qué puede salir sino la atrocidad más disforme y la ejecución más impía?”.

Los indios habían adoptado el juego azteca del patole donde se tiraban seis palillos a un especie de tablero en forma de cruz, con el aditamento extraño de que al arrojarlos los indios del Noroeste “se daban un grandísimo puñetazo en el pecho y el que se golpeaba más fuerte se tenía como el más esforzado, lo que les ocasionaba postemas y algunas veces la muerte”.

Practicaban el juego llamado “hule” en que dos equipos golpeaban una pelota con palos de encino durante varios días, trabándose duros encuentros que terminaban cuando uno de los equipos lograba hacer llegar la pelota a la meta final. Todos apostaban lo mismo un arco con su flecha valuados en cuatro reales que un capote de doce pesos, sin importarles el valor de la prenda y quedaban muy contentos de “su bárbara ignorancia”.

El padre Arlegui afirma que muchas de estas naciones presumen que no hay Dios alguno porque al hacerse una tumba en la capilla de cierta hacienda, salieron unos huesos y mirándolos un indio le dijo al sacristán: “Ves como salen estos huesos del sepulcro, y que un tiempo fueron de hombre, y han quedado descarnados y secos, ¿pues cómo nos quieren persuadir los religiosos que en muriéndonos nos vamos al cielo o al infierno, cuando tenemos experiencia tan clara contra sus disparates? Lo cierto es, prosiguió el indio, que cuando morimos nos acabamos, perdemos la vida y nos convertimos en estos pobres huesos, que por último se consumen sin ir al cielo ni al infierno, y todo lo que nos dicen los padres acerca de esto es una mentira con que presumen engañarnos; porque de la misma manera que el caballo y el venado dejan después de muertos dispersos sus huesos por el campo sin ir al cielo ni al infierno, así nosotros”.

Este pensador anónimo, impregnado de la filosofía nahuatl, no negó la existencia de los dioses, como afirma Arlegui y sólo dijo que al perder la vida y morir los hombres, no iban al cielo ni al infierno según predicaban los frailes, y por el contrario hay muchos indicios de que los indios del norte, como todos los cazadores, adoraban los huesos humanos. Varios religiosos, en sus correrías destructoras de ídolos y de templos encontraron esqueletos sentados en equipales que el Santo Oficio quemó durante sus celebrados autos de fe y todavía en la comunidad de Taxicaringa se exhibe el esqueleto de la Estrella Vespertina, conocida con el nombre de la Estrella Comedora de Huaraches, dotada de grandes poderes curativos y mágicos.

Los indios no eran ateos sino que deificaban como una parte de su compleja religión las manifestaciones relevantes de la naturaleza. Rendían culto al sol, a la luna y a las estre-

llas dadores de bienes y salud y si enferman todavía aseguran que las estrellas los han flechado, “como nos lo dicen cuando vamos a confesarlos y por más que uno los disuade nunca quedamos satisfechos de que salgan de su error”. Veneraban a los dioses tutelares de los ríos, de los ojos de agua, de los manantiales y sucedió que avisado un fraile de la existencia de una tortuga sagrada, la sacó de su ojo de agua y la despedazó. El demonio hizo aparecer otra tortuga que daba “espantosos silbos” amenazando con devorarlos, y el fraile con gran arrojo, la conjuró, el animal se alejó aullando y dejó un olor de azufre, “señales de ser morador de las tartareas regiones”.

“Observan también con los árboles desatinadas tradiciones de sus viejos y si la gentilidad política daba a cada deidad mentida un árbol, como Alcides al álamo, el mirto a Venus, el laurel a Febo y la vid a Baco, como cantó Ovidio”, estos indios salvajes acostumbraban cortar el pino más alto y derecho, lo llevaban a su pueblo, lo zahumaban con incienso, lo adornaban con flores y olorosas hierbas y le rendían culto en medio de muchas danzas y embriagueces, costumbre idólatra que los frailes extirparon trabajosamente, desacralizando el bosque y permitiendo su posterior extinción.

Veneraban también las hierbas venenosas las cuales evitaban pisar y tenían hierbas especiales que traían consigo y les conferían a sus flechas poderes excepcionales en la caza y en la guerra.

Por supuesto, del vasto campo de la botánica sobresalía el peyote, el divino cacto que ellos bebían molido y disuelto en agua o llevaban en escapularios, “como los niños en España llevaban los cuatro evangelios”. El peyote curaba sus enfermedades, les revelaba el futuro, “dándoles una embriaguez con resabios de locura e imaginaciones fantásticas, infernal abuso a que se entregaban no sólo los indios bárbaros sino los ya domesticados”.

Un religioso que anduvo perdido tres días en unos palmares —Arlegui tiene la mala costumbre de no precisar el grupo a que pertenecen los indios ni el lugar donde ocurren las acciones— contándole a un indio las hambres, las sedes y desconsuelos sufridos, éste le dijo: “Padre yo te daré un remedio para que nunca te pierdas aunque vayas sin senda hasta el cabo del mundo”.

Tres días después, el indio le llevó unas hierbas, le recomendó que siempre las llevara consigo y el religioso que esperaba alguna observación inteligente a fin de no volverse a perder, en vez de agradecer el regalo mágico —el único al alcance del indio— se enojó tanto que estuvo a punto de “embestirle” pero se contuvo y pasó muchos días de risa “por el medicamento ridículo, aunque sus cosas son dignas de toda lástima”.

Excelencias del hombre adánico

El padre Arlegui debe reconocer que los indios tienen algunas cualidades notables, y lo hace como un etnólogo observador, bajo el lente de su microscopio, las actividades de las hormigas y de las abejas, pues dentro de su pequeñez, estos animales, dan lecciones a los racionales, según lo dijo el poeta: *natura brutorum mater, hominunque noverca*: la naturaleza es madre de los brutos y madrastra de los hombres.

Ante todo admira la agudeza de sus ojos. El indio dice: “Por ese camino viene un hombre en un caballo alazán” y dos horas después, ante el asombro del español que nada ha visto, aparece en efecto el caminante montando un caballo



de ese color. Advierte un lejano venado y lo persigue hasta darle caza y si quieren obtener miel se sienta abajo de un árbol y cuando pasa una abeja, se va detrás de ella, atento a su vuelo, y pronto aprovecha la dulzura del oculto panal.

De noche, no pudiendo valerse de sus ojos, pega al oído en la tierra y escucha las pisadas de los que están a lejanas distancias, y son también grandes observadores de los astros y de las costumbres de las aves y de los animales lo cual les permite pronosticar, con mayor exactitud que los calendarios, lluvias, tempestades y heladas.

No hay tierra, montes, ríos, peñascos o señales imperceptibles que ellos no conozcan y sucede que los niños llevados a la Ciudad de México "para que olviden la barbaridad en que nacieron" logran escapar y fuera de los caminos, comiendo raíces, vuelven a sus casas después de haber recorrido 200 o 300 leguas, donde los españoles, llevando guías, se pierden con frecuencia y mueren de hambre y de sed.

Donde el diablo presenta batalla

El año de 1616, cuando las minas, los campos y las ciudades de la Nueva Vizcaya prosperaban y todo parecía hallarse en calma —las constantes sublevaciones eran rápidamente dominadas— estalló de un modo súbito la revolución de los tepehuanes.

Para explicarse Arlegui el alzamiento de estos indios "los más astutos, los menos rústicos" y los primeros conversos que habitaban la enorme región comprendida entre la Sierra del Mezquital y la ciudad de Parral, el franciscano debe acudir a "un demonio lleno de envidia y cólera al ver la evangélica ley tan extendida y abrazada con amor por los tepehuanes".

Este demonio, "en traje de bárbaro", conocedor de su lengua, tenían el don de la persuasión y se presentaba en los pueblos recordándoles que sus padres se habían criado sin ninguna opresión, la forma en que los españoles les arrebataban sus tierras, los hacían reventar en las minas, los esclavizaban

y les imponían una religión mentirosa. Si bien no conocemos el nombre del notable agitador infernal, sabemos que se hacía llamar con evidente soberbia "Hijo de Dios" y no sólo coordinó las operaciones de guerra, sino que precisó la fecha en que los tepehuanes debían levantarse y acabar con los usurpadores de sus bienes y de su libertad.

Más tarde, el mismo demonio apreció ante una muchedumbre en forma de hombre blanco "revestido de fingidos resplandores" y les advirtió que por no haber obedecido el llamado a la libertad del "Hijo de Dios", venía él, el "Espíritu Santo" en persona y para que se dieran cuenta de su poder y de que no admitiría reservas ni dilaciones ordenaría que la tierra se los tragara, Quizá algunos restos de la evangelización luchaban en aquellas almas de brutos y se mostraban desconfiados, pero el demonio hizo un ademán, se abrió una boca disforme en el suelo y desaparecieron dos indios con gran asombro de los circunstantes, "que aterrados de tan poderoso engaño se postraron en tierra dándole repetidas adoraciones y prometiendo obedecerle con toda prontitud, sin faltar un punto de sus mandatos".

Predijo la victoria, habló de una vida libre que aprovecharía las nuevas semillas, los nuevos animales y las minas de los españoles, les pintó un paraíso sin temores o vejaciones y terminó asegurándoles que los muertos en la guerra resucitarían y los viejos se transformarían en jóvenes de muchas fuerzas y perfecta salud.

El padre Arlegui, que gustaba ilustrar los hábitos de los naturales con numerosas citas de autores clásicos, no descuidaban tampoco verificar la autenticidad de sus relatos. Los indios prisioneros estuvieron contestes en afirmar que habían visto con sus ojos a los demonios, escucharon sus razonamientos y ante ellos la tierra se tragó a dos de los suyos llenándolos de pavor.

Arlegui, no hay duda de ello, era un erudito de principios del siglo XVIII, pero también es cierto que si los desalmados, los bárbaros, vivían en un mundo sobrenatural, el mundo de Arlegui, habitado por activos demonios no se distinguía mucho del mundo indio. En plena época barroca, Luzbel era el *Deus Ex Machina* de la vida indígena, el promotor de las ideas libertarias, el profeta que anunciaba la vuelta de la edad de oro, el denunciador de las infamias españolas y el que llevado de su característica soberbia, arrebató a Cristo el poder de resucitar a los muertos.

Como consecuencia de las instigaciones del enemigo común, hombres y mujeres fabricaron arcos, flechas y lanzas, se hicieron de armas de fuego y principiaron por no acudir a las iglesias lo que no dejó de inquietar a los misioneros.

La rebelión comenzó en el pueblo de Santiago Pasquiario, situado al norte de Durango, la región donde se concentraba el mayor número de tepehuanes y desde luego más cristianizados.

A la primera acometida, los vecinos y dos padres jesuitas se refugiaron en la iglesia que cercaron los indios y acribillaron a flechas incendiarias. Los jesuitas, ante la amenaza de morir quemados, decidieron salir en procesión llevando uno de ellos, como suprema defensa, la custodia con el Santísimo Sacramento pero no tardó en caer acribillado de flechas, rodó la custodia, se desparramaron en el suelo las hostias y fueron destruidas "por aquellos pies obscenos y sacrílegos" de la misma manera —aunque esto no lo dice Arlegui— que los frailes, apoyados en soldados, destruyeron sus ídolos, quemaron sus templos, y mataron a sus sacerdotes.

Lo que ocurrió en Santiago Papasquiaro, ocurrió puntualmente en otros pueblos y en el Mezquital situado a poca distancia. Aquí, la furia de los tepehuanes se volvió contra una imagen de Cristo —lo dejaron en peor estado que los propios judíos— y contra una preciosa escultura de la Santísima Virgen a la que dieron un machetazo en la cara. Los imagineros, tratando de reparar más tarde esta huella de la barbarie observaron que los remiendos y los emplastos se caían por voluntad de la virgen, y así quedó, para remordimiento y edificación de las futuras generaciones de tepehuanes.

La sublevación que arrastró a otros grupos de indios estaba planeada para el 21 de noviembre de 1616 y se adelantó cinco días porque llegó al pueblo de Santa Catarina una recua cargada de mercaderías acompañada del padre Hernando del Tovar. Los indios asaltaron la recua y al descargar sus macanas y sus flechas sobre Tovar decían: "Este que es santo veremos si lo resucita su Dios y lo libra de nuestras manos. ¿Qué piensan éstos que no hay sino enseñar Padre Nuestro que estás en los cielos y Dios te Salve María?"

En Santiago, a las exhortaciones y lamentos del padre Bernardo Cisneros los tepehuanes contestaban *Dominus Vobiscum* y otras frases latinas de la misa con el fin de aumentar la burla, pasearon en el Mezquital a una india trepada sobre las andas de la Virgen, hicieron "indecentes" usos de los ornamentos sagrados, se servían de los cálices —como otro Baltasar— para sus embriagueces y en toda la rebelión se despacharon al cielo más de cuarenta frailes y sacerdotes.

El rechazo general a la colonización y a la cristianización que duró varios siglos tuvo su primera culminación en la rebelión tepehuana, cincuenta años después de haberse iniciado la conquista.

El error de los tepehuanes consistió en darles a los españoles una batalla campal en los llanos de Cacaria, situados a nueve leguas de Durango, donde una vez más se reveló la ineficacia de sus pobres armas. El diablo cumplió su palabra haciendo que los indios vieran a sus muertos resucitar y seguir combatiendo, pero esta magia portentosa, testificada por Arlegui, y los humos de su rabia, les sirvieron de poco.

Los indios, en masa, se precipitaban sobre los arcabuces, las espadas y las lanzas tan furiosamente que los nuestros —escribe Arlegui— los recibían con sus puntas sin ser necesario segundar el golpe para quitarles la vida. El combate duró cinco horas; murieron de acuerdo a las estadísticas de la época, quince mil indios y por supuesto cayeron muy pocos españoles.

Luego de innumerables pequeños encuentros, incendios, asaltos y saqueos en que participaron coras, xiximes y acaxeas, al padre Andrés López, único misionero sobreviviente, se le ocurrió la idea de convertir en su embajadora a una india vieja y enferma, la armó de su breviario y de un perdón real donde se estipulaba que los rebeldes debían regresar pacíficamente a sus antiguos pueblos.

Los únicos mártires verdaderos

La cuarta parte de su libro la dedica Fray José de Arlegui a rescatar para la humanidad la atroz muerte que padecieron sus hermanos en los siglos XVI, XVII y parte del XVIII, valido de los archivos y de las consejas monacales. Unos santos descalzos, cubiertos de un andrajoso hábito y llevando como única arma su breviario y su crucifijo son asaltados por una turba de feroces demonios en sus conventos, en los caminos o en las rancherías adonde los conduce su celo apostólico y asae-

teados, lapidados, apuñalados, quemados y algunas veces comidos en sacrílegos banquetes.

Después de leer la carnicería que unos lobos hicieron en las ovejas franciscanas y jesuitas, se ignora por qué razones políticas el Vaticano les negó la canonización a los mártires de las Indias, cuando los primeros mártires del cristianismo por actuar en escenarios más civilizados padecieron menores tormentos.

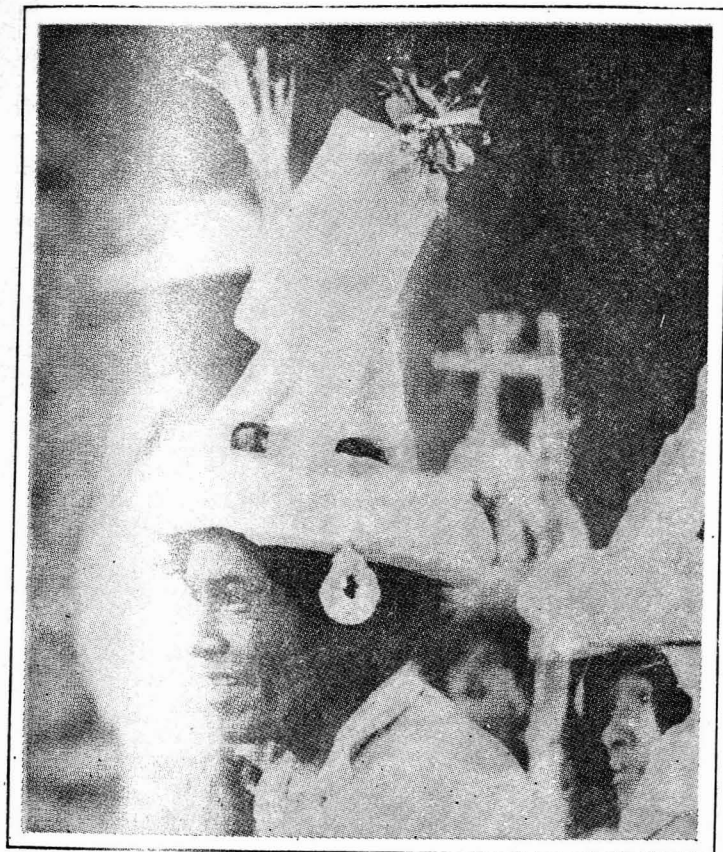
El primer mártir fue el francés Fray Bernardino Cossin que en las cercanías de Sombrerete, ante una muchedumbre de guerreros, despreció a los dioses indios llamándolos engendros del demonio. Los indios, enfurecidos, dispararon sus flechas y allí hubiera quedado Fray Bernardino, como un nuevo San Sebastián, si "la mano poderosa de Dios" no las desvía en el aire volviéndolas contra los enemigos y haciendo muchos muertos. El padre Cossin, sintiéndose invulnerable, salió a la serranía de Durango en busca de chichimecas a quienes afeó sus bárbaros ritos, pero esta vez el Señor no se dignó repetir el milagro y Fray Domingo abrazado a su cruz y sin dejar de reprocharles su idolatría murió convertido en una criba. Cinco días después Fray Diego de la Cadena, acompañado de soldados y de indios amigos salió en su busca y lo encontró tirado al sol, sin ninguna rigidez, vertiendo sangre fresca por sus heridas y una fragancia tan singular "que dejó a todos admirados y devotos".

Muy de tarde en tarde y como a pesar suyo, el cronista que imparte bendiciones y condenaciones, alude a las infamias españolas. El Gobernador de la Provincia de Sinaloa, a quien le preocupaba mucho que los indios fueran vasallos sumisos del rey envió a cierto mulato "perverso" con el objeto de cobrar el tributo que debían pagar unos indios miserables y no teniendo otra cosa que su arco y su flecha para ganarse la vida y combatir a sus enemigos, el mulato multiplicó los maltratos, obedeciendo, según dijo, las órdenes de Fray Pablo de Acevedo.

Los indios se volvieron contra Fray Pablo quien antes de morir les preguntó con dulzura en qué los había ofendido para que con tanta crueldad lo mataran. Los indios despedazaron al mulato y a Fray Juan de Herrera, testigo de los hechos, "quedando en término de un día destruido el cristianismo en una provincia tan dilatada como Sinaloa". Se mandaron entonces a otros dos religiosos con el objeto de recoger los cadáveres y evangelizar a los indios que consistía siempre en vituperar sus creencias y el resultado fue que también ellos perdieron la vida.

Dos meses después se hallaron los cuerpos comidos por los lobos y los coyotes menos el de Fray Pablo que estaba incorrupto y reducido al tamaño de un niño de dos años, habiendo sido en vida un hombre corpulento y de elevada estatura.

Muchos franciscanos de aquel período fueron matados debido a su propensión de considerar las religiones indias como una obra del demonio y a su furor iconoclasta de incendiar sus templos y destruir sus ídolos, siguiendo el ejemplo de Hernán Cortés, sin considerar que Cortés tenía un ejército mientras estos cruzados iban solos y confiaban demasiado en el poder de sus palabras y de sus crucifijos. Eran unos locos religiosos enfrentados a otros locos religiosos. El venerable Padre Fray Juan del Río, guardián del convento de Santa María de Charcas, viendo bajar de un cerro a una multitud de indios bárbaros se hincó en el suelo y empuñando su cruz, inició una larga predicación. Los indios le mandaron una andanada de flechas que caían a sus pies despedazadas sin



perturbar su predicación. Finalmente tres flechazos dirigidos a su cabeza le arrancaron la vida y al desnudar su cadáver se vio que traía a manera de camisa una cota de hierro “llena de puntas penetrantes a raíz de sus religiosas carnes”.

En términos generales debemos decir que el señor Dios de los Ejércitos no favoreció gran cosa a sus soldados en la conquista del norte. Sólo tardíamente se dignaba realizar algún milagro que por lo demás no tocaba ni al diablo ni a los corazones de piedra de sus esclavos. El padre Fray Esteban Benítez —por desgracia no puedo integrarlo a mi árbol genealógico— ministro de la amenazada doctrina de San Juan del Río, acompañado de cuatro soldados en cumplimiento de una orden del Obispo, regresaba a su convento cuando fue asaltado por una horda de chichimecas. A pesar de haber matado a todos el padre Esteban seguía “reprendiendo sus bárbaros insultos” hasta que un indio lo mató de una pedrada en la cabeza. Dios esta vez paralizó a su homicida durante varios días junto al cadáver de su víctima que fue sepultado en San Juan del Río y el sacrilego ahorcado en Durango por los años de 1686.

Ni aun en sus conventos se sentían seguros los religiosos. Fray Ramiro Álvarez, guardián del Monasterio de Milpillas y su compañero el criollo Fray Diego Hevia, reprendían a los indios sus embriagueces y sus vanas supersticiones con tanta tenacidad que “como siempre el malo abomina ser reprendido del bueno”, decidieron deshacerse de ellos. Cierta noche un indio entró a la celda de Fray Ramiro, el padre sintió los pasos y al preguntar quién era, le dieron una puñalada que le atravesó el pecho. A las voces de socorro del moribundo, Fray Diego trató de salir y fue también muerto en las puertas de su celda, hecho lo cual los indios repicaron las campanas, tronaron los cohetes que los frailes habían llevado para celebrar la fiesta de San Francisco y se bebieron el vino de consagrar a fin de celebrar su victoria.

Cuando los indios entraron a la llamada “oficina” del convento, descubrieron que los cuerpos de los dos frailes muertos, dejados en las puertas de sus celdas, estaban ahí sentados confesándose mutuamente sus pecados.

Los indios enemigos y los indios aliados

La táctica que siguió Cortés, valiéndose de indios amigos para conquistar Tlaxcala, Cholula o Tenochtitlán —un hecho con frecuencia desdeñado— es la misma que aplican los españoles en el norte como la única posibilidad de reducir a los rebeldes. Los indios les sirven de perros sabuesos. Siguen los rastros imperceptibles, husmean el aire, localizan los sitios donde acampan los enemigos y al terrible grito de Santiago, lanzado por los soldados, comienzan a disparar sus flechas. Es inútil que los fugitivos intenten escapar. Los indios van tras de sus huellas, los descubren “aunque estén en los más intrincados retiros” y los matan, cercenándoles las cabezas y llevándolas a los campamentos españoles en prueba de su lealtad y más tarde a sus pueblos, donde organizan mitotes y les dan de comer a los niños los sesos y la sangre de sus padres “para que aborrezcan a los de su sangre” y no pretendan huir.

Los sentimientos de Arlegui hacia sus aliados son contradictorios. Por un lado cree que los soldados españoles les infunden valor y esfuerzo —“como con el contacto de la tierra lo recibía Anteo”—, y por otro se horroriza de su saña pues algunas veces la tropa emplea un mayor esfuerzo en contener la furia homicida de sus amigos que en pelear contra sus enemigos. Hagan lo que hagan los indios, los ayuden en sus con-



quistas o se rebelen, maten a los religiosos o les salven las vidas siempre serán unos bárbaros sedientos de sangre. Un vicario provincial que se estaba a las orillas de un río con su secretario, otro religioso y sus criados, fue asaltado por una turba. Los frailes en vano les rogaron que no mataran a sus compañeros. Hicieron una carnicería ante sus ojos y luego se acercaron a ellos, se hincaron y les rogaron pusieran las manos sobre sus cabezas. El padre secretario "muy docto en cátedra y púlpito, enloqueció y murió en poco tiempo, dejándonos bastante lástima de sus malogradas prendas".

Fray Juan de Ocaranza, hijo de la Provincia de Cantabria fue asaltado dos veces, una en su convento y otra en el camino de San Juan del Río adonde se dirigía acompañado de dos criados a quienes los indios les perdonaron la vida por ruegos de Fray Juan y sólo los desnudaron.

Ya el padre se creía libre cuando volvieron los indios. Fray Juan los esperó arrodillado pero los indios le entregaron su breviario y algunas alhajas, lo ayudaron a montar en el macho que le habían dejado —era un hombre muy grueso— y desaparecieron. El padre cubrió a uno de sus mozos con el manto, a otro con su hábito y los tres subidos en el macho anduvieron toda la noche hasta llegar a un poblado, ya que como dice Claudiano, "no hay mal puerto para el que se libra del naufragio temeroso".

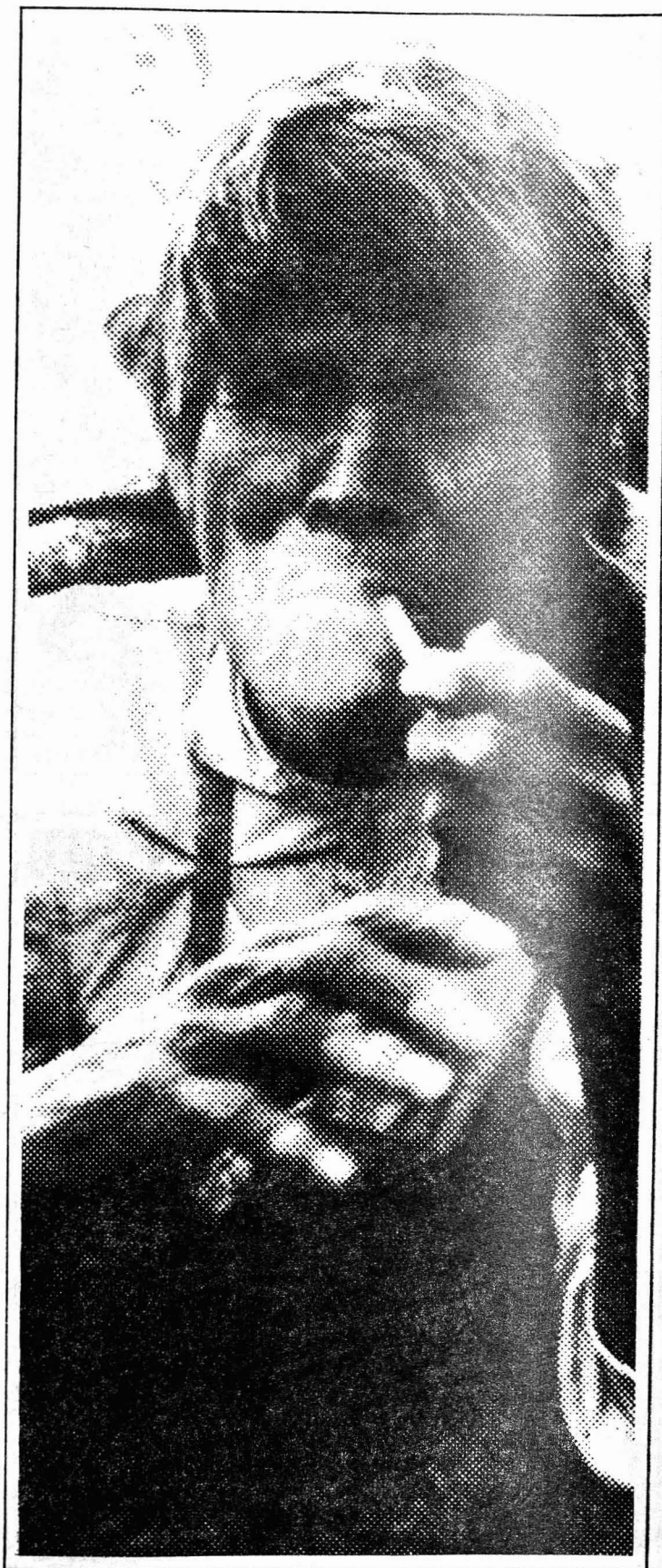
Hubo otros religiosos asaltados que perdieron el juicio y otros recibieron tal susto que pasados muchos años palidecían y temblaban al acordarse del asalto, pero "¿qué importa —se pregunta Arlegui— que hagan tal vez aprecio de nuestros religiosos, si les dan muerte civil, matando a todos los compañeros que llevan, y dejando solo al religioso entre los sangrientos cadáveres, le ponen en terribles agonías y desconsuelos, desnudo, descalzo y a pie en veinte o más leguas de su poblado? Dios nos libre de caer en sus sangrientas y rigurosas manos que semejantes piedades no son para ser apetecidas sino para huir como del demonio, de ellas".

Todo es inútil

A dos siglos de emprendida la evangelización, Arlegui se muestra convencido de su inutilidad. Un niño indio, inteligente y de "alegre natural", fue educado por un religioso que lo llevó a España y con él visitó la corte y las ciudades castellanas. De vuelta a Monterrey Juan de España —así se le bautizó— le relataba al Gobernador las impresiones de su viaje "como el más ladino europeo" y en una ocasión que los soldados trajeron a unos indios presos en colleras exclamó: "¿Es posible, señor, que estos mis parientes estén en su barbaridad tan obstinados, cometiendo cada día tantos insultos! A la verdad que si hubieran tenido la dicha que yo, que me crié entre españoles, y visto la política que en España se usa, que hubieran perdido tan bellacas manías".

Pues bien, este Juan de España, desapareció de la ciudad y muchos días después, cuando los soldados cayeron sobre una aldea de gentiles sublevados y casi los acabaron, Juan de España comenzó a clamar en lengua castellana que no lo mataran. Lo condujeron en colleras ante el Gobernador maravillado y recordándole éste sus antiguos reproches respondió "que el natural le había llamado a sus naturales y bárbaras costumbres, pidiendo perdón del yerror cometido".

El Gobernador lo mandó penitenciado a servir de hortelano en el convento de Saltillo donde perseveró hasta su muerte, prueba fehaciente "de lo que puede el natural y la depravada costumbre de estos bárbaros".



El verdadero Dios con todo su poder, el martirio de los religiosos, sus prédicas y razonamientos se estrellaban contra el muro irreductible del espíritu indio. Arlegui no se explica por qué la luz del evangelio es incapaz de penetrar en las oscuras almas de estos brutos. Cree que el cristianismo por sí solo compensa la pérdida de su libertad, el hecho atroz de que se apoderen de sus mejores tierras y los obliguen a trabajar como esclavos en las minas y en las haciendas de los blancos.

Testimonio de un jesuita

Mucho antes que Arlegui, se ocupó de los tepehuanes y de su rebelión el padre Andrés Pérez de Ribas. Este cordobés nacido en 1576, profesó en la Ciudad de México y anduvo de misionero durante 16 años por tierras de Sinaloa. Ocupó luego la rectoría del Colegio de San Pedro y San Pablo, la dirección de la Casa de la Profesa, fue nombrado Provincial de la Compañía de Jesús, viajó a Roma como procurador y de regreso a la Nueva España, colmado de honores, se dedicó a escribir diversas crónicas entre las cuales sobresale su voluminosa obra llamada *Triunfos de Nuestra Fe entre Gentes las más Bárbaras y Fieras del Nuevo Orbe* impresa en Madrid, el año de 1645.

Ribas emplea la buena prosa machacona de los antiguos cronistas, no hace alardes excesivos de erudición y no lo distingue el pesimismo de Arlegui. El historiador no cuestiona la obra del misionero, pero sus ideas acerca de los indios son las mismas que había de profesar el barroco franciscano. Pérez de Ribas cree firmemente en un diablo enemigo de la evangelización inspirador de rebeliones y hábitos atroces y cree también en la victoria final del cristianismo y en la bondad de la conquista española.

Para Pérez de Ribas el autor de la revolución tepehuana fue un viejo apóstata hechicero, dueño de un ídolo "por medio del cual se entendía con el demonio e iba introduciendo pláticas perversas contra nuestra santa fe y con intento dañado de ir disponiendo la gente, para que la desamparasen y se rebelasen contra dios y contra el rey".

Los jesuitas, previendo el peligro, dieron aviso oportuno al Gobernador de la Nueva Vizcaya quien ordenó le dieran unos azotes. El hechicero que se hacía pasar por el mismo Dios, utilizaba un curioso argumento todavía vigente entre los tepehuanes: "Dios había señalado por tierra y patria a los españoles, los reinos de allende el mar en España y sin su licencia habían pasado a estas tierras e introduciendo la ley cristiana de que él los quería librar".

Los indios que acostumbraban parcelar cuidadosamente el cielo, la tierra y el inframundo y a cada lugar le asignaban sus colores, sus dioses y sus habitantes, juzgaron una infracción a las leyes inmutables que los españoles, dotados de una patria cruzaran el mar y se aposentaran en la patria reservada a los tepehuanes.

Debían ser por lo tanto pasados a cuchillo y el hechicero les prometió resucitarlos si morían en la guerra, volver mozos a los ancianos "que los hombres ni aún en apariencia quieren ser viejos" y no sólo predicaba la libertad, sino que ordenó a la tierra que se tragara a un indio llamado Sebastián, de Tenerapa, y a una india llamada Justina, de Santiago Paspasquiari.

Después se desató la tempestad descrita por Arlegui que culmina en el pueblo de Zape donde murieron cuatro jesuitas,

19 españoles y "más de 60 negros con otros criados españoles".

Las escenas se suceden como en un caleidoscopio. Los pocos fugitivos de Zape corrían por el bosque seguidos de una turba, en parte vestida con los jubones y las gorras de los españoles o con las sotanas y los bonetes de los jesuitas. A veces debían detenerse y disparar sus mosquetones. En uno de estos encuentros el caballo del Alcalde Mayor cayó muerto. Un indio mexicano le cedió el suyo, el Alcalde montó, tuvo tiempo de ver cómo el fiel indio se desplomaba acribillado de flechas y pasó a su lado sin tratar de auxiliarlo. Al día siguiente, ante el gran asombro de todos, el indio, mal herido, llegó al real de Guanaceví donde se habían refugiado. El padre Pérez de Ribas registró el hecho sin añadirle ningún comentario.

En Coapa, ya tierra de Acaxees, dos indios bautizados, uno llamado don Pedro y otro Juan Gordo, comenzaban a levantar a la gente de la misión del padre Andrés Tutino, diciéndoles que no hicieran caso del nombrado capitán Juárez radicado en el presidio cercano de San Hipólito.

Este Juan Gordo contó que dos veces, pasando en la noche cerca de la iglesia, oyó que le llamaban y asustado, siguió su camino. A la tercera vez entró a la iglesia y vio que el indio Diego Morido, ya difunto, se levantaba de su tumba y le dijo: "Avisa a mi mujer no se case de nuevo, porque viniendo a este pueblo el padre y señor Dios que aguardo, yo resucitaré y viviré con ella en más conformidad y gusto que antes".

El padre Tutino, conocedor de la plática del "diabólico indio" y de algunas juntas y conciliábulos, dio aviso al capitán Juárez que en una noche y medio día recorrió 50 leguas de sierra fragosa, se le recibió en paz, asistió a la misa, escuchó el sermón y concluidos los oficios, sus hombres cayeron sobre los dos indios y sin oír súplicas, mandó darles garrote.

Los indios a causa de la acción de Juárez ya no atacaron el Real de Topia como lo habían prometido y sobre todo a causa de los avisos del cielo, "porque aparecieron cometas en el aire y temblores de tierra, cuales nunca se habían visto en ésta; de suerte que en un día tembló siete veces. Además de eso se oyeron bramidos a manera de espantosos truenos, estando el cielo sereno y claro, los cuales sonaban de la parte donde vive la nación tepehuana."

Mientras los reales de minas, las haciendas y los pueblos ardían tirados no de muertos sino de mártires del cristianismo según Dios lo iba disponiendo, el Gobernador de Guadiana —hoy Durango— temeroso de un alzamiento final "trató de poner reparos a la ciudad" cerrando calles, abriendo trincheras y allegándose pertrechos, valido de unos indios del Tunal. Así las cosas, un religioso de San Juan de Dios, oyó sin ser visto de los indios, que uno de ellos decía:

"Dadnos hoy prisa que mañana lo vereis".

Conocida esta exclamación por el Gobernador mandó encerrar a los indios en las casas reales y darles tormento para conocer la verdad y estando en aquel "examen" de la causa, cierto español dio una falsa voz de alarma, las campanas tocaron a rebato y los jueces echando mano a dagas y espadas apuñalaron a los prisioneros. Pérez de Ribas dice que esta acción fue más bien providencia del cielo "pues dos de los heridos, antes de morir confesaron a voces que estaban confederados con los rebeldes tepehuanes y que esperaban presto su socorro para dar sobre la ciudad, destruirla y acabar con cuantos vecinos tenía".

La hora de la venganza

Había llegado la hora de la venganza. De vengar tantas injurias cometidas contra Dios, contra sus sacramentos, contra sus sacerdotes, contra sus parientes, mujeres e hijos por lo que el valeroso gobernador Gaspar de Albear, caballero del hábito de Santiago, dejando bien pertrechada Guadiana, acompañado de 70 jinetes, 120 indios a pie, harina y ganado, salió con el propósito de castigar a los apóstatas, empresa muy ardua ya que los indios andan desparramados, como manadas de venados, saltando por montes y valles, sin hacer cuerpo de ejército ni tener lugar o puesto fijo donde se les pueda acometer.

Pérez de Ribas emplea una comparación muy adecuada para señalar las diferencias que existen entre las guerras que podríamos llamar civilizadas y las guerras contra los salvajes americanos. En Europa hay castillos, ciudades amuralladas con troneras y barbicanas, fosos, puentes levadizos y fortificaciones mientras que en la sierra hay montes escarpados, abismos, ríos profundos y puestos "tan dificultosos por naturaleza como son por arte los de Europa",

El Gobernador desfiló entre ruinas y muertos, libró algunos combates, ahorcó a viejas hechiceras y a diabólicos instigadores de la revuelta y volvió triunfante a Guadiana cargando los cuerpos de los religiosos y arrastrando consigo 250 mujeres y niños tepehuanes.

El cuerpo del padre Luis de Alavez lo encontró el Gobernador entero e incorrupto 70 días después de muerto. Sólo tenía 27 años de edad. Aunque los indios acostumbraban dejar los cadáveres boca abajo, el de este joven padre se halló con la cabeza vuelta hacia arriba y las manos levantadas al cielo. Cuando se abrió su sepulcro pasado mucho tiempo, se conservaba íntegro y bastaba que se le pusiera un dedo en el hombro para mantenerse de pie.

El padre Juan del Valle, nacido en Vizcaya el año de 1576 era hombre de pureza virginal que llevó al sepulcro. Incluso a los indios que conspiraban en su contra los llamaban "mis hijos", o "mis hermanos". Él araba sus tierras, trabajaba de peón edificando casas y capillas, llevaba una sotana por cuyas roturas asomaban sus carnes, dormía sobre unas tablas cubierto de zalea, comían sólo maíz tostado durante sus largas estancias en la sierra y decía misa en una "tiendecilla".

Cuando los indios lo apaleaban o lo abofeteaban, él se arrojaba ofreciendo la otra mejilla y se dio el caso de que un bígamo tres veces lo buscara para matarlo, y las tres veces Dios lo dejó ciego con lo cual una mujer se perdió y el cielo ganó un nuevo converso.

Este sacerdote amaba de tal modo a la Virgen que sólo de oír su nombre se le inundaban de lágrimas los ojos. Ayudaba por ella y había escrito con su sangre una carta de esclavitud que llevaba atada al cuello. Se le encontró desnudo, con una mano haciendo el *persignum crucis* y con la otra cubriéndose la "honestidad" de su cuerpo.

Entre sus muchas hazañas los cronistas hablan de la destrucción de un ídolo de piedra, victoria resentida tan amargamente por el diablo que incendió los bosques e hizo temblar la tierra.

El tercer mártir hallado incorrupto fue el padre Juan Fonte, fundador de los primeros pueblos tepehuanes. Este Fonte, gran políglota compuso un *Arte y Vocabulario de la lengua Tepehuana*. Implacable misionero, persuadió a un brujo de que le llevara cierto ídolo portentoso envuelto en telas finísimas. Ante

la vista del aterrado hechicero, lo arrojó al suelo, lo escupió y lo guardó para el día siguiente, fiesta de San Juan, donde provisto de un yunque y de un martillo lo pulverizó en la iglesia atestada de fieles. Fonte fue muerto cerca de Zape —uno de los pueblos fundados por él— y su biógrafo se admira de que habiendo sido su primer padre y tan querido, no hallara misericordia en sus hijos.

El cuarto cuerpo hallado incorrupto perteneció al padre Jerónimo de Moranta a quien llamaban el Teatino Santo. En las temporadas que pasaba cazando indios, solitario, medio desnudo y con las barbas crecidas, un día lo sorprendieron hincado teniendo en la mano un crucifijo y azotándose cruelmente con la otra. "mientras ofrecía a Dios su sangre para que ablandara el corazón de aquellas fieras".

Moranta había presentado su muerte. Dos veces, una en San Juan del Tizonazo y otra en Bocas, diciendo misa, una paloma derribó el cáliz y salpicó con *sanguis* su rostro, la casulla, el alba y la peana. Preguntando Moranta qué significado le daba al extraño hecho, respondió: "Hijos, lo que entiendo es que nuestro Señor quiere que yo derrame mi sangre por su amor".

Sobre los cuerpos se le presentó un problema teológico al padre Ribas. Los cuatro religiosos muertos en Zape se descubrieron intactos y los de Santiago Papasquiaro mondos y limpios de carne, como si fuesen muertos de muchos años y concluye de este misterio que nuestro Señor, a varios de sus santos, confesores y vírgenes les ha concedido la incorruptibilidad y a otros, aunque muy santo, dejó sujetos a la corrupción, "porque la principal y plena gloria se les tiene guardada para el día de la universal resurrección".

La entrada del Gobernador fue imponente. Los soldados españoles marchaban adelante montados en sus caballos armados, a los lados venían 300 indios laguneros y conchos, llevando sus arcos y sus flechas; luego, las cuatro mulas que cargaban los benditos cuerpos lucían reposteros con las armas de Gaspar de Albear y cerraban el desfile los indios cargadores del bagaje, los cuales eran tan numerosos que ocupaban un cuarto de legua.

La devota atención se fijó en los cuatro cuerpos de los religiosos, el precio más alto pagado por la revuelta. El Provincial de San Francisco, Fray Juan Gómez, hubiera deseado celebrar unas vísperas de mártires pero como esta "calificación" sólo correspondía al Papa vicario de Cristo, se limitó a que hubiera "un rato de buena música".

El domingo, en la Iglesia de San Francisco, sobre un túmulo, se expusieron los muertos. Cuatro hachas ardían sin cesar y cuatro soldados montaban la guardia. La gente llorando y gimiendo se persinaba y trataba de tocar las sotanas de los mártires. El martes, día del Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino, los cuerpos fueron llevados a la Iglesia de la Compañía entre las salvas de los mosquetones, el caracolear de los caballos y el paso lento de hombres y mujeres y niños que tenían guirnalda y cirios encendidos en las manos.

El nuevo túmulo revestido de luces, de sedas y brocados consagraba las antes oscuras tareas de la evangelización y era un testimonio tanto del esfuerzo demoníaco por retener a sus vasallos como de la victoria de los jesuitas.

El Señor, esta vez, juzgó oportuno relegar a los mártires franciscanos —sus huesos quedaron revueltos con otros anónimos en Santiago Papasquiaro— y sólo favoreció mediante el milagro de la incorruptibilidad a los heroicos soldados de Jesús.



El Padre Pérez de Ribas apoyado en las lecciones de la rebelión tepehuana, endereza un alegato sobre la conveniencia de que los monarcas sufraguen la reducción de los bárbaros en descargo de sus conciencias y en cumplimiento del patronazgo espiritual y temporal encomendado por los vicarios de Cristo pues no “entrando la fe en estas gentes, no pueden con seguridad penetrar sus tierras ni descubrir los tesoros y venas de plata que en éstas se hallan”.

Si no se les reduce, nunca podrán esperarse de ellos una lealtad constante “que a ésta lo principal que la apoya y sustenta es la fe de Nuestro Señor Jesucristo... y si faltase, cada día podían esperar asaltos los españoles y albazos de enemigos, fraguados la noche antes en sus embriagueces y borracheras gentílicas con que se enfurecen y ellos celebran para ese fin. A él también se ordenaban sus hechicerías que habían de quedar en pie si no las derribaran la fe y el evangelio de Cristo porque donde ésta faltare, ni hubiera cosa segura, ni vida, ni haciendas quedara. De todo lo cual por última consecuencia se saca, estar gloriosamente empleados a lo divino y humano los gastos reales, en introducir y conservar la fe divina en estas fechas”.

Pérez de Ribas hace notar que el mayor número de minas y de mejor ley que Dios ha dado al Rey Nuestro Señor y a sus vasallos, está en las tierras de gentes más bárbaras y fieras, “mostrando que las crió para que por ese medio entrase y se conservase la luz del evangelio entre gentes que no menospreció la divina clemencia” y para que no haya duda sobre su aserto el jesuita despliega ante su monarca el espléndido tesoro con que soñó Colón y se concretó en la visión de Cibola. Cibola no era una ficción. Allí está San Luis Potosí, el “crisolito de la Sagrada Escritura” sus minas de oro embebido de plata, asentadas en tierras de chichimecas, un apellido tan nombrado que cuando a un indio le quieren decir que es un bárbaro ignorante y de costumbres gentílicas le llaman chichimeco. Pasando treinta leguas creó Dios las célebres minas de la ciudad de Zacatecas que han sido las más ricas y constantes de la Nueva España. Allí están las incontables carretas y navíos cargados de plata que han salido de las minas inagotables de Zacatecas donde Dios puso también a los fieros indios zacatecos y los dotó de esta riqueza por medio de la cual se les comunicase la luz del evangelio. Cada uno de sus mineros le han pagado al Rey medio millón de pesos y con todo se han hecho millonarios. Y ahí están los Reales de Parral, de Guanaceví, de San Andrés de Topia que han sido y son muy ricos y otros pequeños y otros más que se van descubriendo. “Y todos finalmente —concluye— los dio Dios en tierras de estas gentes bárbaras y pobres y en particular de los tepehuanes de que vamos hablando”.

En resumen, no habrá lealtad al Rey si no hay evangelización y no habrá evangelización si el monarca no la paga con los derechos del quinto y no habrá tampoco minería, ni haciendas ni ciudades si todo este conjunto no descansa en los trabajos de los misioneros.

Pérez de Ribas viene a decirle al rey: no cierres los cordones de tu bolsa y costea los gastos de la evangelización que hace posible la minería. Es un gran negocio el que te propongo. En realidad, lejos de empobrecerte, el quinto real te hace millonario, hace millonarios a tus vasallos, se tranquiliza tu conciencia, ganas el cielo, lo ganan los indios y no debes olvidar que este inmenso trabajo recae sobre los martirios y las penalidades de nosotros los heroicos soldados de Cristo.

El jesuita tiene la convicción, como antes la tuvieron los

conquistadores de que su alegato, solicitando mercedes a cambio de haber ganado con su esfuerzo dilatadas naciones y de salvar a millones de almas de las garras del demonio, lo leerá el monarca y ejecutará sus sabios proyectos.

La verdad es que el razonamiento de Pérez de Ribas ni fue leído por el rey, ni tuvo éxito. El designio divino de situar la plata en tierras de indios pobres, no los sacó de su miseria, ni llevó la luz del evangelio a sus almas y en cambio sí enriqueció al monarca, enriqueció a los mineros y a los hacendados y algo dejó en las arcas de la Compañía de Jesús.

Tres siglos después de escrito el alegato de Pérez de Ribas, no ha perdido su vigencia. Ciertamente, ya no nos importa si los indios se van al cielo o al infierno —desaparecieron los escrúpulos religiosos—, la República heredó los privilegios reales —la propiedad del subsuelo— y si bien la planta sigue fluyendo, los dioses, el azar o la providencia han dotado de una nueva, fantástica riqueza a los pobres mexicanos: el petróleo.

La ruleta divina una vez más en la historia nos ha hecho ricos. Antes las carretas y los navíos cargados de metales preciosos desembocaban en España, pero España no se benefició de esta afluencia de plata y fueron Alemania, Holanda, Francia, Inglaterra los que se enriquecieron gracias a sus industrias, sus artesanías y sus sistemas comerciales.

En 1979, el petróleo comienza a fluir hacia los países desarrollados, y nosotros carentes de industrias, debemos importar ante todo, maíz, frijol, oleaginosas para que coma el pueblo y debemos importar técnica y equipos petroleros, tractores y automóviles, ferrocarriles, barcos, puertos y electrónica.

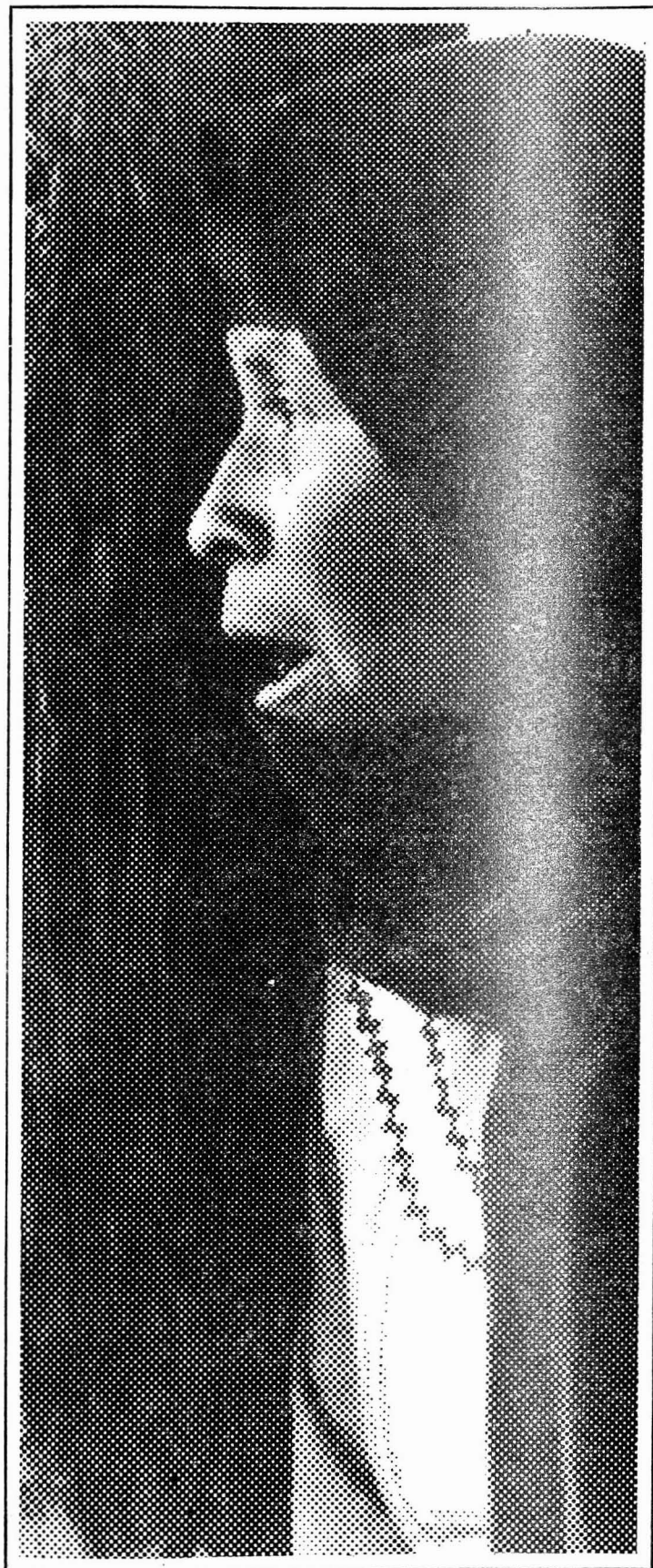
¿En un país cuyas desigualdades y carencias son enormes, casi tan grandes como lo eran en la época de Pérez de Ribas, qué haremos con nuestro petróleo? ¿Lo exportaremos para comprar nuestros alimentos, para pagar nuestras deudas, para hacer más ricos a los que ya son muy ricos o para levantar una industria básica, una nueva agricultura, un aprovechamiento máximo de nuestras tierras, nuestros bosques y nuestros mares?

El tema que suscitó el alegato de Pérez de Ribas nos llevaría demasiado lejos y no es esta la ocasión de lanzarse a nuevas especulaciones. Hay un hecho cierto y constante. Las riquezas de que ha sido tan pródiga la cornucopia mexicana nunca han aprovechado a los más pobres. Antes eran muchos pero estos muchos se han multiplicado, forman una masa gigantesca fuera de todo control y la concentración de las fortunas es una de las más alarmantes y escandalosas del mundo. Inútil pues que la ruleta divina siga girando. Los ricos juegan a la dobla y ganan siempre. Los pobres apuestan centavos y los pierden siempre.

El western

Este es nuestro western. Se desarrolló durante tres siglos, —del XVI al XX en muchos diversos y extraordinarios episodios y tuvo una dimensión cósmica ya que protagonizó la lucha librada entre Dios y Luzbel y se extendió de la Alta California a la Tierra del Fuego.

Aunque pudo haber heroínas —las anónimas mujeres asesinadas en Zape o en Santiago Papasquiaro— no se las reconoció oficialmente. La luz de los reflectores se proyectó sobre un puñado de actores vestidos con desgarrados hábitos franciscanos y sotanas jesuitas, armados de crucifijos y cubiertos de reliquias y escapularios. Eran buenos actores y el director no tuvo mucho trabajo en representarlos acibillados de flechas, manteniendo sus ojos clavados en el cielo o ya cadáveres



desnudos hacer que sus cámaras los fijaran haciendo con una mano el *per signum crucis* y con la otra cubriéndose sus pobres sexos nunca utilizados.

Las tempestades, los rayos, los temblores de tierra anuncios de la rebelión tepehuana se lograron de un modo impresionante y a los espectadores les complació mucho la forma en que un fraile rollizo y corpulento se fue reduciendo hasta cobrar la estatura de un niño de dos años, la escena donde a la señal de un brujo resplandeciente se abrió la tierra tragándose a dos salvajes o aquel episodio que describió como los muertos resucitaban y continuaban combatiendo de un modo enteramente espectral. La tensión no decayó un momento. La cámara logró alternar en una secuencia de interés creciente la patética confesión de dos frailes difuntos que Dios autorizó a fin de librarlos de las llamas del purgatorio, los asaltos a las caravanas donde los indios dejaban tiradas las barras de plata y se comían las mulas o los caballos para hacerse de su ligereza, el desfile de salvajes encollerados y de damas en sus literas acompañadas de dueñas y limosneros, las proclamas de las viejas hechiceras, las campanas tocadas a rebato y los indios cayendo apuñaleados no sin antes denunciar a sus protervos cómplices.

En una época dominada por el sexo y la incredulidad se demostró que la pureza es capaz de sustituir con ventaja al erotismo, que el crucifijo del mártir es más eficaz que la pistola del sheriff, que los indios son los mejores villanos del continente y que los emperadores de las galaxias carecen de los poderes del Dios Verdadero para reducir a polvo los trucos apantallantes del demonio.

Se corre el telón y van a comenzar otros dramas indios que el director no juzgó conveniente incorporar a su película. Aquí sí hubo héroes indios pero como estos héroes seguían representando la barbarie y la oposición a la sabia política liberal de Porfirio Díaz consistente en arrebatarles sus tierras a los yaquis, Cajeme o Tetaviate fueron asesinados oscuramente y sus hordas enviadas al infierno de las plantaciones de Yucatán o del Valle Nacional.

Ya por los años de 1914 o 1915, en las mismas tierras de la Nueva Vizcaya, los indios, los peones, los pequeños propietarios, los maestros y los artesanos de los grandes latifundios o de las empresas mineras se levantaron en armas contra sus señores feudales y aquellas historias embalsamadas en las crónicas religiosas cobraron actualidad. Esas chusmas de salvajes, siguiendo sin saberlo la conducta sacrilega de los tepehuanes, saquearon iglesias y palacios, quemaron las imágenes, la gente decente huyó aterrorizada, los soldados se vistieron con las ropas tálares emprendiendo bailes impúdicos y Pancho Villa cometió el crimen de colgar al honorable señor Terrazas para que revelara el lugar donde había ocultado el oro de su banco.

Dios también aquí decretó el castigo de los sacrílegos por otros medios mucho más civilizados, aunque no de menores alcances. Los mismos revolucionarios, aliados a los ricos vencidos se hicieron de las tierras regadas, de los bancos, de las minas, del gobierno y los indios y los campesinos siguieron tan miserables como antes de la revolución.

¿Literatura etnológica?

Precursores del western, los cronistas religiosos fueron tam-

bién los precursores de la literatura llamada etnológica que dio origen a obras de títulos "tan pintorescos" como *La Rama Dorada* de Frazer y *La Rosa Mística* de Crawley. "Estos libros —comenta agudamente Evans-Pritchard— presentaban una imagen híbrida, una caricatura de la mentalidad primitiva: supersticiosa, pueril e incapaz de un pensamiento crítico o perseverante". Crawley afirmaba que los nativos de Nueva Celedonia se comen a los enemigos muertos para adquirir valor y fuerza, que los de Tirmorlaut se comen la carne de un enemigo muerto para curar la impotencia o que los isleños de las Dieri son capaces de comerse a un hombre y beberse su sangre con el fin de adquirir su fuerza.

"Sin excepción, —escribía Sir Samuel Baker acerca de los nilóticos del norte— no creen en un ser supremo, ni tienen ninguna forma de culto o idolatría; la oscuridad de sus mentes ni siquiera recibe la luz de un rayo de superstición. Tienen la mente tan estancada como la ciénega que forma su pequeño mundo".

¿No creemos estar leyendo —para sólo referirnos al Noroeste— las afirmaciones no sólo pueriles ni acriticas, sino malignas y rencorosas de Tello, Pérez de Ribas, Arlegui y Ortega?

Ellos, a semejanza de sus lejanos sucesores eran cristianos y pertenecían al imperio, servían sin darse cuenta a una política colonial y creían firmemente en la irracionalidad de los indígenas. Sus obras, publicadas con prólogos laudatorios, fueron tomadas como el evangelio por un público que detestaba a los indios, y que yo sepa no han merecido un estudio analítico convincente de parte de nuestros etnólogos profesionales.

Se echó en el mismo saco a Olmos, a Sahagún, a Durán y a los cronistas religiosos que para hacer resaltar el martirio de sus colegas o justificar la bondad de las empresas misionales calificaban a los indios de brutos, de bárbaros, de fieras, de asesinos o de incestuosos cargándolos con toda clase de injurias y falsedades.

Ninguno de ellos procedió con el rigor científico de un Sahagún y aunque algunos de ellos vivieron entre los indios, conocían sus lenguas y se esforzaron en implantar el catolicismo, su convicción de que todo lo que hicieran era obra del diablo y que no tenían la capacidad siquiera de poseer una religión o una moral elemental de formaba sus escritos aún excluyendo el odio y la repugnancia que experimentaban hacia los indios.

Sin embargo, sus materiales son los únicos de que disponemos y contienen a pesar de sus deformaciones supersticiosas —en realidad los frailes eran los aquejados de superstición— muchos datos valiosos dispersos que deberían ser analizados y comparados con lo que aun resta de las culturas tradicionales. Yo no soy otra cosa que un periodista aficionado a la antropología social. No considero a los indios como simples objetos de un estudio etnológico, sino como compatriotas míos, es decir como mexicanos, aunque ellos pertenezcan a una etnia, a una cultura y hablen una lengua distinta de las mías. Me interesan sus patrones religiosos porque su economía, su jurisprudencia, su sociedad, sus concepciones del mundo son eminentemente religiosas y no podemos entenderlos sin conocer las claves de su comportamiento, pero me interesa ante todo denunciar su miseria, la explotación de que son víctimas y la forma en que se está dando el cambio.